

Michel Krielaars

Al son de la utopía

Los músicos en tiempos de Stalin



Galaxia Gutenberg

MICHEL KRIELAARS

Al son de la utopía

Los músicos en tiempos de Stalin

Traducción del neerlandés
de Goedele De Sterck

Galaxia Gutenberg

Nederlands letterenfonds dutch foundation for literature

Este libro fue publicado con el apoyo de la Fundación neerlandesa de las Letras.

Galaxia Gutenberg,
Premio TodosTusLibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios
y Asociaciones de Libreros).

Título de la edición original: *De klank van de heilstaat*
Traducción del neerlandés: Goedele De Sterck

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2025

© Michel Krielaars y Uitgeverij Pluim, 2021
Publicado según acuerdo con Cossee Publishers
© de la traducción: Goedele De Sterck, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 94-2025
ISBN: 978-84-19738-14-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Henriette, mi musa

«Trabaja, interpreta. Vives aquí, en este país.
Tienes que ser realista. No seas ingenua.
No hay otra vida. No puede haber otra vida.
Da gracias por estar aquí respirando.»

DMITRI SHOSTAKÓVICH A GALINA VISHNÉVSKAIA

Índice

Prólogo	13
1. El secreto de Richter	19
2. Mocasines amarillos, trajes ingleses exclusivos y automóviles veloces	53
3. Las notas perdidas	101
4. La Vera Lynn rusa	123
5. Castigado por ser judío	143
6. El cantante desaparecido	171
7. Monja, poetisa y pianista	199
8. El legado perdido	217
9. Maestro de música en tiempos de guerra	235
10. Solidaridad con los disidentes	267
Epílogo	293
Agradecimientos	297
Bibliografía	299
Obras musicales citadas en este libro	303

Prólogo

Moscú, 2009

Una tarde lluviosa de un día cualquiera del mes de diciembre paso por delante del Conservatorio Chaikovski, en la avenida Gran Nikita. Aún no ha nevado. Las casas bajas que se remontan a los siglos XVIII y XIX me parecen anodinas, como si la tan bulliciosa capital rusa estuviese dormida. Apenas hay nadie, ni tan siquiera en el CoffeeMania, la carísima cafetería situada en un ala lateral del conservatorio, donde los nuevos ricos agasajan a sus amantes con la tarta Sacher regada con champán, y los Bentley forman una larga fila junto a la acera.

Entonces me llama la atención un cartel de un concierto que hay en una de las vitrinas. Esa noche se celebra un concierto que conmemora el septuagésimo quinto aniversario del nacimiento del compositor ruso Alfred Schnittke (1934-1998). Decido comprar una entrada, pero en la taquilla me informan de que están agotadas. De nuevo en la calle, una mujer anciana embutida en un abrigo a cuadros me hace señas. Bajo la atenta mirada de la estatua de bronce de Chaikovski, me ofrece una entrada por menos de dos euros al cambio, es decir, cuatro veces su valor nominal, y aun así una auténtica ganga comparado con los precios del Concertgebouw de Ámsterdam.

Conozco un poco la música de Schnittke. Me parece fascinante, fría y extraña. En 1992 asistí al estreno de la ópera *La vida con un idiota* en el edificio Stopera de Ámsterdam en presencia del compositor. La dirigía el también ruso Mstislav Rostropóvich, que había cambiado el violonchelo por la batuta para la ocasión. Cuando en el aplauso final, Schnittke cruzó la sala en dirección al escenario para fundirse en un abrazo con el eufórico Rostropóvich, la capital neerlandesa se convirtió, por un momento, en una pequeña Moscú inundada por vivas, bravos y hurras en lengua rusa.

Schnittke debió de sentir aquel estreno como una victoria sobre el sistema totalitario que le había impedido componer en su país natal, en el cual estaba tajantemente prohibido interpretar su música, que

había sido tachada de vanguardista por las autoridades de la recién desintegrada Unión Soviética. En 1990, el atormentado compositor, que se ganaba la vida principalmente componiendo música de cine, había emigrado a Alemania, de donde procedía su padre, de origen judío, que, para escapar de Hitler, se refugió en la Unión Soviética. Alfred Schnittke murió en Hamburgo seis años después de su aclamada acogida en Ámsterdam.

Sin embargo, con ocasión del setenta y cinco aniversario de su nacimiento, su figura recobra vida en Moscú durante casi dos horas. En el escenario, sobre un atril, descansa un gran retrato suyo, adornado con flores. Durante el concierto, varios espectadores se acercan con paso solemne y lágrimas en los ojos para depositar junto a la imagen del difunto compositor dos claveles rojos o blancos y guardar un minuto de silencio.

Entre las solistas destaca la violonchelista Natalia Gutman, íntima amiga de Schnittke y una de las mejores intérpretes del mundo. Durante su interpretación, la sala respira la pesadumbre de las notas del compositor. Gutman resucita a su amigo e invita al público a celebrarlo con ella.

Desde mi asiento en el gallinero recorro con la mirada la sala gigantesca, llena a rebosar, con una acústica excelente, y paredes y techo de madera. De repente me fijo en los rostros anticuados de todos esos hombres y mujeres que escuchan atentamente la música, decididos a no perderse ni una sola nota. Muchos de ellos no son tan mayores. El caso es que llevan grandes gafas de plástico y trajes demasiado holgados en tonos marrones y grisáceos, como los que se podían comprar en los grandes almacenes GUM de la Plaza Roja en tiempos de la Unión Soviética. Ese atuendo hace que parezcan de otra época, una época que dejó de existir a raíz del desmoronamiento de la Unión Soviética en 1992. Son los representantes de la vieja *intelligentsia* soviética, los maestros, los profesores, los médicos, los naturalistas que no se han aprovechado del capitalismo salvaje que ha deslumbrado a los Nuevos Rusos, con su CoffeeMania, sus Bentley y su ansia insaciable por los artículos de lujo. Tengo la impresión de estar sentado en una enorme arca de Noé, en compañía de apenas unos dos mil supervivientes de una civilización arrasada por las aguas.

A mi lado, varios estudiantes de conservatorio, de aspecto serio, toman apuntes como descosidos. Cuando en el descanso descubren que soy extranjero y que vengo de los Países Bajos, se agolpan a mi

alrededor para hablar conmigo. «Ah, Países Bajos es la tierra de los tulipanes, de Rembrandt y de Diepenbrock –musita una chica bellísima, de ojos negros, que estudia violín–. Me encantaría ir algún día. Y no regresar aquí jamás.

Todos barajan la posibilidad de emigrar a Occidente, porque en Rusia es imposible ganarse la vida componiendo música. Les digo que conmigo no cuenten; siempre aconsejo a los soñadores que se queden en su país, donde los necesitan de forma imperiosa para construir una sociedad moderna. «Además, ¿dónde se puede encontrar una música tan hermosa y unos músicos tan excepcionales como en Rusia?», añado.

Después del descanso, me siento más adelante. Acabo junto a un padre y sus tres hijos pequeños. Él enseña órgano en el conservatorio; sus hijos estudian violín, violonchelo y piano, respectivamente. Los cuatro adoran no solo a Schnittke, sino a todos los grandes compositores rusos. El padre confiesa que Schnittke ya era uno de sus héroes en la Unión Soviética, cuando no perdía ocasión de asistir a sus conciertos prohibidos.

La admiración de gran parte de los rusos por la música clásica siempre me ha fascinado. En la Unión Soviética, a los músicos y compositores se los consideraba dioses. Hasta cierto punto eran intocables, ya que demostraban un afán creativo único que nadie podía emular. Sin embargo, decenas de ellos fueron perseguidos por el régimen comunista, encarcelados en campos de trabajo o ejecutados. Las autoridades destruían o censuraban sus composiciones y grabaciones, y cancelaban sus conciertos.

Por supuesto, esta cifra no puede compararse con los mil quinientos escritores que fueron ejecutados bajo el régimen de Stalin, pero aun así deseo averiguar a qué se debían esas persecuciones. ¿Cuál era el motivo? ¿La música? ¿O había algo más?

Tampoco hay que olvidarse de los compositores y los músicos que se adaptaron. No pocas veces, también fueron castigados, porque no estaba claro qué se esperaba de ellos aparte de una obediencia ciega.

En cualquier caso, lo que al menos tenían en común en las tres primeras décadas de la Unión Soviética era la desgracia de que a Iósif Stalin le encantaba la música. Interfería abiertamente en la vida musical. Escuchaba las nuevas grabaciones de las obras clásicas y anotaba sus comentarios en las portadas de los discos: «bueno», «regular» o

«basura». En el peor de los casos, este último comentario podía costarle a uno la vida.

En 1932 Stalin decidió someter la música –al igual que las demás artes– a una doctrina artística, la del realismo socialista. Ello suponía renunciar al consuelo, a la belleza y al entretenimiento, aunque muchos compositores intentaron eludir ese requisito. El arte sólo debía servir para ayudar al pueblo a materializar el socialismo. Supuestamente, la energía positiva que iba a surgir de esa nueva música soviética contribuiría a crear mejores personas.

Pues bien, este libro trata de esos compositores y de esos músicos en ese sistema ideológico. ¿Qué los llevó a hacer o no hacer concesiones? ¿Por qué algunos se jugaron la vida con su comportamiento idiosincrásico? ¿Qué fue lo que determinó sus acciones? ¿El afán creativo o también jugó un papel decisivo la ambición? ¿Y qué nos dice eso de la colaboración de alguien como Tíjon Jrénnikov, el poderoso secretario general de la Unión de Compositores que les hizo la vida imposible a muchos compositores amigos al tiempo que procuraba echarles una mano? ¿Acaso tenía menos talento que ellos y sólo le interesaba el poder? ¿O es más matizable y sólo pueden entenderse sus caprichosas acciones si se ha vivido en la compleja sociedad soviética? Sea como fuere, la vida musical en aquel país desaparecido era de un nivel sin precedentes, con compositores de la altura de Shostakóvich y Prokófiev y músicos intérpretes como Mstislav Rostropóvich, Sviatoslav Richter, David Oistrakh, Leonid Kogan y Mariya Yúdina.

Durante los años que viví en Moscú, muchos de estos grandes músicos habían muerto o habían emigrado a Occidente. Tuve ocasión de escuchar en directo a alguno de ellos, como el violonchelista Mstislav Rostropóvich, pero uno tenía la sensación de que todo lo que había quedado eran sólo algunos recuerdos desvaídos de un pasado excepcional.

A veces, con suerte, podía vislumbrar un atisbo de ese pasado grandioso, por ejemplo, en la pequeña sala de ópera de Moscú que la famosa soprano Galina Vishnévskaja –viuda de Rostropóvich– había hecho construir para sus alumnos más dotados. Vishnévskaja solía presenciar todas las actuaciones, asentada como una reina en su palco «real». Al final de cada función recibía numerosas ovaciones. La aplaudían tanto los cantantes en el escenario como el público en el auditorio, en agradecimiento por «todo lo que había hecho por Rusia». Esos momentos no sólo afianzaron mi amor por la música rusa,

sino que espolearon también mi curiosidad. Así fue como decidí sumergirme en un periodo turbulento de la historia de la Unión Soviética en el que, citando al escritor Konstantín Paustovski, para cualquier persona mínimamente biempensante y no del todo insensible, la vida era una tortura diaria. Al mismo tiempo, el hecho de que, en ese mismo país, se compusiera una música tan fabulosa y en sus escenarios actuaran músicos tan extraordinarios no puede sino calificarse de milagro.